



Número 10 – diciembre de 2014

ISSN: 1668-3684

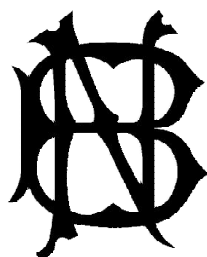
www.bn.gov.ar/revistabibliographicaamericana

LOS ESCENARIOS DEL PODER: LA CULTURA DEL CEREMONIAL
EN *MEMORIAS CURIOSAS* DE JUAN MANUEL BERUTI

Virginia P. Forace

Universidad Nacional de Mar del Plata - CONICET

virginiaforace@yahoo.com.ar



BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO

Programa Nacional de Bibliografía Colonial

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Buenos Aires, República Argentina

LOS ESCENARIOS DEL PODER: LA CULTURA DEL CEREMONIAL

EN *MEMORIAS CURIOSAS* DE JUAN MANUEL BERUTI

Virginia P. Forace

Resumen: ¿Qué legitimaba para un habitante de Buenos Aires de principios del siglo XIX el poder? ¿Cuáles eran los signos que percibía y anotaba? ¿Cómo se transformaron esos signos y cuál fue su valoración al respecto? Estos interrogantes y otros similares son los que justifican el presente trabajo. La transición que vive Juan Manuel Beruti (1777-1856) —autor de las conocidas *Memorias curiosas*— desde una sociedad colonial, cuyas formas exigían la representación pública del orden, a una primigenia sociedad republicana, que intenta arduamente modificar conductas e imaginarios políticos, es de central interés para comprender la modificación de sentidos de las prácticas y formas de representación; el minucioso registro que deja este testigo de las alteraciones en los sistemas de producción de bienes simbólicos y en los espacios públicos nos permitirá dar cuenta de cómo comienza a transformarse en este período la forma de pensarse y representarse.

Palabras claves: Beruti - Cultura del ceremonial - Colonia – Revolución

Abstract: What made power legitimate for a Buenos Aires inhabitant in the early XIX century? Which were the symbols that he perceived and made notes of? How were such symbols transformed? How did he assess the value of those symbols and their transformation? These and some other similar questions justify the present work. In order to understand the change in the meanings attached to the forms and practices of representation, it is particularly interesting to examine the transition that Juan Manuel Beruti (1777-1856) —the author of the very well-known *Memorias Curiosas*— experienced since a colonial society, which demanded the public representation of order, to an incipient republican society which was struggling to modify the political thinking and practices. The detailed and exhaustive register that Beruti has left of the alterations in the system of production of symbolic goods, and those occurred in public places, will let us account for the beginning of transformation of the way of thinking and representation in this period. **Keywords:** Beruti – Ceremonial culture - Colony - Revolution

Recibido: 25 de junio de 2013

Aprobado: 13 de enero de 2014

LOS ESCENARIOS DEL PODER: LA CULTURA DEL CEREMONIAL

EN *MEMORIAS CURIOSAS* DE JUAN MANUEL BERUTI¹

Virginia P. Forace

*El mundo entero es un teatro, y todos los hombres y mujeres
simplemente comediantes. Tienen sus entradas y salidas, y un
hombre en su tiempo representa muchos papeles.*

William Shakespeare

¿Qué legitimaba para un habitante de Buenos Aires de principios del siglo XIX el poder? ¿Cuáles eran los signos que percibía y anotaba? ¿Cómo se transformaron esos signos y cuál fue su valoración al respecto? Estos interrogantes y otros similares son los que justifican el presente trabajo. La transición que vive Juan Manuel Beruti (1777-1856) desde una sociedad colonial, cuyas formas exigían la representación pública del orden, a una primigenia sociedad republicana, que intenta arduamente modificar conductas e imaginarios políticos, es de central interés. Sus conocidas crónicas, *Memorias curiosas*, registran los hechos principales sucedidos en la ciudad de Buenos Aires desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XIX y constituyen una fuente inestimable para comprender la modificación de sentidos de las prácticas y formas de representación; el minucioso registro que deja este testigo de las alteraciones en los sistemas de producción de bienes simbólicos y en los espacios públicos nos permitirá dar cuenta de cómo se transforma la forma de pensarse y representarse en este período.²

En este primer acercamiento, se pretende indagar sobre estos aspectos a partir de una materialidad particular, la cultura del ceremonial, ya que constituye una forma de legitimación del poder y el control de la opinión (Garavaglia 1996; Munilla Lacasa 2010; Zapico 2006). En este sentido, es relevante recordar el análisis que propone George Balandier (1994): las sociedades recurren a técnicas teatrales que les permiten la producción de imágenes, la manipulación de símbolos y la teatralización de su proyecto colectivo.³ De acuerdo con esto, el análisis de la observación que de ellas realiza Beruti pretenderá dar cuenta de las representaciones que de sí mismos poseen los diferentes grupos que ocupan el poder o acceden a él, así como también, del surgimiento de una nueva cultura política liberal que buscó desplazar antiguas formas para instalar las nuevas prácticas.

Para comprender la materialidad mencionada es necesario señalar que en el antiguo régimen había lugares fijos de los cuales los súbditos no podían abstraerse, cierta jerarquía social que dependía de la

monarquía y que establecía los privilegios y las obligaciones, el prestigio y el poder de los individuos (Myres 1999, 114); esta larga tradición en la forma de representación comenzará a ser cuestionada con anterioridad al proceso revolucionario,⁴ pero encontrará las manifestaciones concretas de ello a partir de él, creando una tensión entre los valores vigentes y los anhelos de cambios. De esta forma, el nuevo montaje ideológico anulará o hará uso del ceremonial según el contexto político y los ideales que se quieran promover respecto de los nuevos sentidos de identidad nacional y nuevas formas de hacer política (Garavaglia 2007a, 56; Elías 1982).

La cultura del ceremonial: sistemas simbólicos estructurados y estructurantes

Sillas con cojines, bancos con o sin respaldo, pendones, palios, etc., todos son objetos que desde nuestra percepción parecen insignificantes; sin embargo, en el complejo mundo simbólico del antiguo régimen, constituían los signos elegidos para expresar y, a la vez, constituir el orden del poder.⁵ Los sistemas simbólicos eran, como afirma Pierre Bourdieu, “instrumentos estructurados y estructurantes de comunicación y de conocimiento” (2000), y cumplían la función de ser instrumentos o formas de imposición de legitimación de la dominación, contribuyendo a asegurar la dominación de una clase sobre otra.⁶ No debe extrañar, entonces, que Juan Manuel Beruti, un hombre promedio de la elite porteña,⁷ manifieste como uno de los intereses permanentes de su larga crónica el registro de estos aspectos casi como una “obsesión ceremonial”.⁸ De hecho, el pasaje que se produce en su texto de la enumeración sucinta de hechos, que caracteriza el tono de los primeros años de su crónica, a la narración, descripción y valoración detallada de episodios es motivado por problemas en el protocolo sucedidos en 1804; el testigo narra cambios en la etiqueta de la exhibición del estandarte real:

Hoy es la primera vez que el estandarte real no entró dentro del Fuerte a sacar al virrey ni Real Audiencia sino que llega únicamente hasta la puerta del rastrillo sin entrar dentro ni pararse, sino como de pasada [...]; estos privilegios ganó el Cabildo en la Corte, originados de una disputa que tuvo con la Real Audiencia (un año atrás[...]) en ausencia del virrey que se hallaba en Montevideo pues el Cabildo no quería, por no estar el virrey, entrar dentro del palacio y sacar a la Audiencia y ésta le compelió a la fuerza en que entrara y lo sacara como si el virrey estuviera imponiéndole para ello multas y amenazas en caso que no entrara (2001, 42).

La anécdota no es poco significativa, como podría suponerse; por el contrario, el autor la selecciona porque involucra un símbolo claro del poder, el estandarte real —que representa al monarca y sobre el cual se jura obediencia—,⁹ y dos corporaciones que se encuentran en pugna por su cercanía a él: la diferencia entre salir a encontrar la procesión que lo enarbola y que esta se detenga e ingrese a buscar a un representante es relevante porque representa una distancia espacial y una jerarquía.

Por otra parte, debe comprenderse el reclamo del Cabildo como una defensa de su honor:¹⁰ la publicidad que adquiere la actuación de la Real Audiencia, la cual transgrede el ceremonial, constituye una ofensa grave porque es percibida por todos los integrantes de ese orden (incluyendo el bajo pueblo) como una alteración en la posición que cada uno tiene; esto constituía una falta grave ya que el poder no sólo se expresaba por estos medios, sino que era constituido por ellos.¹¹ Así, la modificación indicada por la corte es la concesión de un “privilegio” y una victoria del Cabildo, quien se iguala visual y públicamente con la Real Audiencia.¹²

Beruti es sumamente sensible a estos conflictos y por eso la siguiente digresión larga que podemos encontrar refiere a otro episodio similar que involucra al virrey y al Cabildo: el primero coloca un oidor en la Casa de Comedias, restándole autoridad al segundo; este apela la orden remitiéndole el caso al rey y gana no sólo una rectificación, sino una reprimenda real hacia el virrey por no respetarlo.¹³ La relevancia de este evento no sólo impacta en las relaciones entre las corporaciones, sino también en la sociabilidad: el teatro era vigilado por el virrey, quien quería limitar las representaciones porque era un centro de entretenimiento del pueblo alto y bajo. La confrontación con el Cabildo, sin embargo, no proviene de este interés censor, sino de la presencia pública y abierta de un desafío a su autoridad: lo que importa son, nuevamente, los instrumentos simbólicos de constitución del poder.

Ambas victorias del Cabildo son una alteración substancial; dejan ver, además, un orden jerárquico que se expresa espacial y simbólicamente, y que tiene cierta estabilidad: los problemas se resuelven dentro del orden, con la intervención del rey, el cual nunca es puesto en cuestionamiento por sus actores; por el contrario, de él provienen los privilegios, el prestigio y el honor, y sólo él tiene autoridad para introducir modificaciones.

Este orden político y social recibirá su primer golpe con las Invasiones Inglesas, cuando la inseguridad de las colonias frente a amenazas externas será puesta en evidencia de forma violenta e inesperada para la mayoría de sus habitantes. Un indignado Beruti registra los hechos y acusa al virrey marqués de Sobremonte de “atolondrado miedo” e “imaginación pusilánime” (46);¹⁴ la inicial derrota es para el cronista un escándalo, no sólo por la huida de la máxima autoridad, sino por la ineptitud de los líderes militares. Halperín Donghi señala esta reacción y explica que “desde la perspectiva local, la pérdida del dominio de la ciudad, tomada el 27 de junio por el breve ejército de Beresford, es —a la vez que una inesperada catástrofe— un escándalo que espera ser explicado” (1972, 136).

Además, si, por un lado, es fácil entender cómo el poder político se tambalea al fallar en sus funciones de protección y cómo, luego de la reconquista, los habitantes de la ciudad en Cabildo público se adjudican la capacidad de destituir a Sobremonte y nombrar a Santiago de Liniers como virrey interino, por el otro, debemos enmarcar la relevancia de esta acción en las características analizadas hasta el momento: gran rigidez y ritualismo en el ceremonial, jerarquía social que se basa en el rey y, en su ausencia, en el virrey. La

elección por Cabildo público y el desplazamiento de quien representaba simbólicamente al monarca debió ser sentida como un golpe inesperado en las estructuras del poder. Beruti no desconoce que esto constituye una violación del protocolo de mando, pero dedica varias páginas a justificar esta decisión y cubrir la elección con un manto de legalidad. Menciona, por ejemplo, los pliegos llegados desde Cádiz el 29 de junio que premiaban a Liniers con el grado de brigadier de la real armada, nombraban como virrey al gobernador de Montevideo y ordenaban que ante la ausencia del virrey, el oficial más antiguo y de más mérito, y no la Real Audiencia, debía reemplazarlo; gracias a esta modificación, Beruti justifica la desobediencia de la real cédula: como Ruiz, gobernador de Montevideo, era prisionero de los ingleses junto a su ciudad, era necesario que Liniers mantuviera el poder.

A pesar de esta alteración, nada menor, en la sucesión de autoridades, la expresión simbólica del poder no sufre modificaciones considerables; por ejemplo, dos habitantes que se destacaron en la defensa de 1807 reciben el honor de tener asiento en una misa en la Catedral; en la misma ceremonia, el estandarte real es colocado en el presbiterio como signo de su importancia; en las celebraciones públicas por la victoria, se colocan no sólo los bustos del rey y de la reina, sino “su correspondiente sitio, cojines, rica sillería y sofás” (76).

Una excelente muestra de cómo Beruti sigue atentamente el devenir del ceremonial público es la modificación que anota en 1808:

Se determinó poner los estrados para los tribunales en los términos [...] que manda el ceremonial [...]: en el medio del templo bajo de la media naranja se puso una tarima de regular altura, sobre la cual una famosa alfombra que cubría y sobre ésta una rica silla, cojín y sitio en donde se sentó o hincaba el virrey; y a sus costados fuera de la tarima sus dos capellanes reales que tenían su silla cada uno, quedando el virrey en medio; que a ambos lados sobre la misma tarima [...] estaban dos centinelas [...]; a la mano derecha seguido estaba la Real Audiencia y su izquierda el Cabildo secular; de forma que quedaba el virrey en medio presidiendo aquellos tribunales; y como estaba sobre un magnífico trono rodeado de centinelas, pajes y edecanes, sobresalía a los demás tribunales y representaba propiamente la real autoridad que en su persona residía; [...] pues si anteriormente no se sentaban los virreyes en medio de la iglesia, era por no atajar la vista del altar con el dosel a los fieles que concurrían a misa (99).

La relevancia espacial que adquiere el virrey al colocarse al centro, no sólo de las otras corporaciones que están en la tarima, sino del espacio físico total de la iglesia, merece una mención especial; además, los objetos que sirven para configurar esta preeminencia y que tienen un contenido político asociado a esta función —la silla, cojín y sitio— son acompañados por hombres “objetivados”, como son los capellanes y centinelas, quienes ocupan ese lugar central no por su propio valor en la jerarquía social, sino como adorno para el virrey; asimismo, este fragmento pone de manifiesto la correlación entre el poder político y

la práctica religiosa: los fieles pierden de vista el altar mayor (porque queda tapado por la tarima) pero, a modo de didáctica simbólica, tienen una visión privilegiada de la representación del orden social;¹⁵ por último, debe señalarse cómo todo este despliegue está acertadamente interpretado por Beruti como una escenificación del poder monárquico, la cual es leída por los espectadores como una manifestación del orden social; hay una creencia absoluta en la legitimidad de esos símbolos para constituir y expresar la *trama* del poder.

Esta atención a la representación es particularmente intensa entre los años 1808 y 1809: en el primer aniversario de la Defensa, la vestimenta de sus protagonistas es la que se lleva el interés del testigo: “El alférez real llevaba un famoso vestido ricamente bordado, que sobresalía a la Real Audiencia; Cabildo y demás tribunales, y señoría que lo acompañaba, con motivo de llevar en sus manos el real estandarte” (107). Esta diferenciación continúa siendo habitual ya que la vestimenta ocupaba un lugar central como elemento de distinción social (Garavaglia 1999).¹⁶

La relevancia del estandarte real como símbolo de poder y de legitimidad se mantiene incluso en períodos de crisis política; en la fallida “asonada” de 1809, cuando el Cabildo se alza contra el virrey Liniers y exige la constitución de una junta de gobierno,¹⁷ se lo enarbola a la vista del público: “subiendo igualmente al Cabildo y tomando el real estandarte de San Martín y con el que se jura al soberano, sacándolo al balcón lo tremolan, diciendo: «Viva el rey Fernando VII, la patria y la Junta suprema»” (114). Este primigenio intento revolucionario debe apoyarse en los símbolos conocidos como garantía de la continuidad de la autoridad del poder y del lugar de privilegio que los involucrados pueden conservar, por esa razón, se apela al estandarte real.

Además, este episodio es relevante porque no sólo conllevará el castigo físico hacia sus protagonistas —arrestados unos, desterrados otros—, sino también la reprimenda simbólica: cuando el movimiento fracasa, Liniers castiga al Cabildo por su osadía retirándole el badajo a la campana de su torre, con la cual se convocaba al pueblo, silenciando de esta forma su “voz”.¹⁸

Beruti es sumamente sensible al registro de los símbolos del poder y sus modificaciones o usos porque en esa sociedad de castas el orden social era constituido y reflejado en el orden físico y espacial: círculos concéntricos de autoridad, cuan más cerca de él o de sus símbolos (como el estandarte real), más alto y distinguido era el individuo o corporación. El lujo en el espacio ocupado, como un dosel, un sitial acolchonado o un sillón, indicaba además la jerarquía de la posición. Estas prácticas no se debilitarán en el imaginario de Beruti hasta que lo haga el poder que deben representar: las turbulencias del orden político colonial vividas entre 1806 y 1809 no atenuarán la fuerza de los sistemas simbólicos; sólo el cuestionamiento posterior de la legitimidad del poder podrá desnaturalizar estas prácticas.

La ruptura de la creencia: el desvelamiento de los sistemas simbólicos durante la gesta revolucionaria

La revolución del 1810 intentará, sin demasiado éxito, suprimir las distinciones herederas del régimen anterior: si en octubre de ese año aún se utilizan las fórmulas tradicionales para exhibir el estatus,¹⁹ Beruti señala y celebra que en diciembre la facción morenista —especialmente sensible frente a la continuidad de estas prácticas y al riesgo que suponían representar a los miembros de la Junta con los privilegios de un soberano— publica el conocido “Decreto de supresión de honores”, un reglamento que prohibía, entre otras cosas, las escoltas o aparatos que distinguiesen a los gobernantes de los demás ciudadanos. El decreto anulaba “aquellos privilegios que por desgracia de la humanidad inventaron los tiranos” (Beruti, 155).²⁰ Esto estará fundado en el novedoso imaginario de igualdad que intentará promover parte de la Junta.

A pesar de la inestabilidad política debido al enfrentamiento entre saavedristas y morenistas, se impulsaron transformaciones en el orden simbólico que intentaron adherir a la propuesta ideológica de la revolución; también en el orden social se registraron nuevas formas de sociabilidad, como las que señala Beruti en 1811: la Sociedad Patriótica que se reúne en el café de Marco, “en cuya junta se tratan asuntos de buen gobierno, derecho público y felicidad de la patria” (163), las cuales tienen un papel relevante en esta reposición simbólica.

Esta transformación paulatina, claramente juzgada de forma positiva por Beruti, es acompañada por una modificación radical en su discurso: si antes de 1810 se refrenó de emitir cualquier tipo de evaluación negativa del sistema colonial, ahora abraza la causa independentista y reproduce los discursos emancipadores aparecidos en la *Gaceta de Buenos Aires* con una convicción asombrosa.²¹ Así, luego de referir el decreto aparecido el 10 de septiembre de 1811, el cual suprimía los tributos que los indígenas pagaban a la corona, afirma:

Cuándo se ha visto los infelices indios, en 300 años que los han gobernado los españoles, mirados como hombres sino como bestias, llenos de miserias, vituperados, abatidos y despreciados; cuándo con honores iguales a los de los americanos españoles sino desairados con vilipendio, pues los igualaban poco menos que a los negros y pardos, pues sus cuerpos y tropas hacían uno con el de castas; cuándo entraban ni tenían en congresos, cabildos ni cortes, algún representante de su calidad sino un fiscal protector de ellos en la Audiencia, que era el que debía de mirar por sus causas y derechos y no lo hacían; cuándo finalmente disfrutaron de la libertad de los hombres libres, entre los españoles nunca, pues siempre los tuvieron como esclavos [...]. Ahora sí que principian a sentir su libertad, sus derechos y la dignidad de hombres libres e iguales a los demás de las naciones libres y civilizadas, ¿y por quién les ha venido este día feliz y dichoso?, ¿por quién?, por los hijos de la inmortal Buenos Aires (179).²²

Vale remarcar cómo se manifiesta en el discurso de Beruti el lenguaje ilustrado con toda su fuerza (“hombres libres e iguales” versus “esclavos”). Además de ello, otra observación debe señalarse respecto de la diferenciación identitaria que realiza: los españoles peninsulares son los que han esclavizado al indígena, mientras que los americanos son los que los han reconocido como iguales.²³

Entre 1810 y 1813, mientras el discurso de Beruti se impregna del lenguaje ilustrado y su ideología,²⁴ paralelamente se inicia lo que podríamos denominar una “guerra simbólica”. El caso sobresaliente en este punto son las medidas tomadas por la Asamblea del año 1813: organización de la distinción de militares a través de sus uniformes (231), fundación y colocación de nuevos escudos de armas (231), la acuñación de moneda con nuevas leyendas patrióticas (232), utilización de escarapelas y gorro frigio en actos oficiales (232),²⁵ etc.

Una de las medidas más significativas en cuanto al simbolismo referida con regocijo por Beruti será la quema de la silla de tortura:

La víspera de este gran día, por la mañana, en la plaza Mayor y a la vista de todo el público, se inutilizaron y pegaron fuego por mano del verdugo los malditos instrumentos y la silla en que se atormentaban a los hombres, cuando la tiranía quería por medio de ellos averiguar y aclarar hechos que no podían comprobarse (234).

Este acto público utiliza el mismo esquema que la tradición del antiguo régimen: se reúne al pueblo en la plaza principal para darle una lección pedagógica y un espectáculo; la diferencia radicaré en el contenido de esa lección, ya que esta vez no se ajusticiará a un trasgresor del orden para advertencia de los otros, sino que se ejecutará simbólicamente al antiguo orden: el verdugo ejecuta el castigo sobre un objeto (la silla de torturas) asociado al despotismo y violencia de la colonia y, en particular, de la inquisición. Estos “malditos instrumentos” son erradicados en un acto que busca instituir el sentido de una nueva etapa.²⁶

Realmente sintomático de este proceso será el cambio de valoración de uno de los signos constantes en el período anterior, el estandarte real, en los festejos por el 25 de mayo de 1812:

El estandarte real que salía en paseo en este día [...] no ha salido ni saldrá en ningún año más, pues era dicho estandarte una señal de conquista, pero como ya nos vemos defendiendo nuestra libertad e independencia, a virtud de representación del excelentísimo Cabildo, se ha derogado semejante costumbre y diseño de esclavitud (213).

Este fervor ideológico no encontrará, sin embargo, correlación en las prácticas políticas reales: la lucha entre facciones políticas y los conflictos con las provincias del interior producen un reordenamiento en el gobierno y el Triunvirato es reemplazado en 1814 por el cargo de Director Supremo; esta medida tendrá un sentido negativo, ya que, como explica Halperín Donghi, “la concentración del gobierno en una sola

persona, el director supremo, va acompañada del abandono ya definitivo del austero ideal igualitario que la junta se había fijado en diciembre de 1810” (2009, 189). Es así que los antiguos privilegios regresan para ornamentar a los nuevos gobernantes y un decepcionado Beruti lo registrará con desencanto:

Es digno de reflexión, las disposiciones anteriores, ver que Saavedra [...] por un decreto fuese despojado de los honores que disfrutaba de excelencia, escolta, etc., [...] por decir que era muy incompatible que un sistema liberal y de igualdad apareciesen todavía reliquias y perfumes e inciensos del antiguo despotismo; [...] y ahora vemos que la soberanía de las Provincias Unidas condecora con los mismo tratamientos, honores y distinciones a Posadas, contradiciendo aquel reglamento (242 y ss.).

Sin embargo, estos signos restaurados, a pesar de que su brillo recuerda a tiempos pasados, no tienen el mismo estatuto: la debilidad e inseguridad del poder político hace que la escenificación del poder parezca ahora más un deseo de continuidad que la estabilidad de un orden; valiosa lección ha aprendido Beruti al respecto:

Es cosa digna de notarse, haberse visto salir de esta capital a dicho Alvear, con un acompañamiento y grandeza aún no vista, que parecía un soberano, y después no verlo nadie entrar por haber sido de noche, a oscuras y como escondido; esto es un ejemplar, para que ninguno se crea superior a otro y que no ha de caer, pues de un momento a otro no somos nada (252).

El regreso, entonces, de los privilegios no tiene el mismo signo: si bien constituirá el inicio de lo que será la crisis revolucionaria y del tiempo de desorden político, los ciudadanos no los interpretarán como antes, pues el desprestigio del poder político corroerá no sólo a las facciones sino también al sistema simbólico que utilizaban para legitimarse. Recordemos lo que explica Pierre Bourdieu al respecto:

La destrucción de este poder de imposición simbólica, fundado sobre el desconocimiento, supone la *toma de conciencia* de lo arbitrario, es decir, el develamiento de la verdad objetiva y el aniquilamiento de la creencia: es en la medida en que destruye las falsas evidencias de la ortodoxia —restauración ficticia de la *doxa*— y neutraliza allí el poder de desmovilización (2000).

Si en el antiguo régimen la escenificación del poder en los actos públicos, el protocolo ceremonial, y los signos externos eran la representación y, a la vez, la constitución de un orden estable que no se discutía, donde cada individuo conocía su lugar, en este período, anterior a la guerra civil abierta, estos signos serán interpretados por sus contemporáneos como máscaras huecas sin valor real: la confianza de los ciudadanos como Beruti se ha perdido, y la decepción sólo hace que lean en esos signos intentos

desesperados de aferrarse al poder; la credibilidad de lo visual desaparece siguiendo el camino de la credibilidad de la revolución.

Comentarios finales

La transición que vive Beruti desde una sociedad del antiguo régimen a una primigenia sociedad republicana ha sido rastreada en el presente artículo a partir de la modificación experimentada en la teatralización del poder. En este sentido, no sólo es testigo de los hechos, sino también *espectador* de las diferentes “puestas en escena” que se han fabricado en cada momento.

El registro que realiza permite observar cómo un hombre formado en la colonia, educado en las intrincadas formas de representación simbólica de la monarquía, vive la transformación de sentido que experimenta el ceremonial. Beruti modifica sus juicios y su sistema axiológico de acuerdo con el devenir histórico; si, en un primer momento, se muestra como un admirador de la teatralidad monárquica y un espectador atento de la representación espacial de la diferenciación en la jerarquía del poder, luego adopta rápidamente una perspectiva nueva al reclamar la simplificación e igualación en la representación de los ciudadanos; celebra el nuevo montaje ideológico que intenta difundir los nuevos sentidos de identidad y las nuevas ideologías.

Sin embargo, a medida que el poder político entra en crisis, señalará cómo esas formas de legitimación del poder y de control pierden su fuerza simbólica y su efectividad, convirtiéndose en máscaras cuya significación se ha desfondado. En este sentido, debemos señalar que en el antiguo régimen la teatrocracia podía tener una relevancia fundamental porque había un orden que la sustentaba; cuando el orden se pierde y la legitimidad que justificaba estas formas (y que ellas sostenían a su vez) se quiebra, las viejas formas pierden representatividad en los imaginarios sociales.

Bibliografía

- Baczko, B. 1991 (1984). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Baladier, G. 1994. *El poder en escenas: de la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona: Paidós.
- Baltar, R. 2001. Autores y auditorios en los sermones patrios, 1810-1824. En Baticuore, G. y S. Gayol (comps.), *Tres momentos de la cultura argentina: 1810-1910-2010*. Buenos Aires: Prometeo, 2011, pp. 41-69.
- Beruti J. M. 2001. *Memorias curiosas*. Buenos Aires: Emecé.
- Bourdieu, P. 1990. *Sociología y Cultura*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, P. 2000. Sobre el poder simbólico. En *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: UBA/Eudeba, pp. 65-73.
Consultado en http://sociologiac.net/biblio/Bourdieu_SobrePoderSimbolico.pdf
- Chiaromonte, J. C. 1989. Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810. En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, tercera serie, número 1, 1º semestre, pp. 71-92.
- Chiaromonte, J. C. 2007. La ilustración en el Río de Plata: cultura eclesiástica y cultura laica durante el virreinato. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Cremonte, N. 2010. La Gaceta de Buenos Ayres de 1810. Luces y sombras de la ilustración revolucionaria. La Plata: Universidad Nacional de la Plata.
- Di Meglio, G. 2010. Ojos tenaces. El diario de Juan Manuel Beruti y el devenir de Buenos Aires. En G. Paz (coord.) *Desde este día adelante revolución. Voces del 25 de Mayo de 1810*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 175-180.
- Di Stefano, R. 2004. *El púlpito y la plaza: clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Elías, N. 1982. *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fernández Latour de Bota, O. (comp.). 1960. *Cantares históricos de la tradición argentina*. Buenos Aires, Comisión Nacional Ejecutiva del 150º Aniversario de la Revolución de Mayo, Dirección Nacional de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia, Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas, Impr. Peuser.
- Forace, V. P. 2013. *Prácticas discursivas en el tránsito del antiguo régimen a la nueva república: Memorias curiosas de Juan Manuel Beruti (1777-1856)*. Tesis de Licenciatura. Buenos Aires: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Gaceta de Buenos Aires* (1810-1821). 1910. Reimpresión facsimilar dirigida por la Junta de Historia y Numismática Americana. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- Garavaglia, J. C. 1996. El teatro del poder: ceremonias, tensiones y conflictos en el estado colonial. En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, tercera serie, número 14, 2º semestre, pp. 7-30.
- Garavaglia, J. C. 2007a. A la nación por la fiesta maya: las *Fiestas Mayas* en el origen de la nación en el Plata. En *Construir el estado, inventar la nación. El Río de la Plata, siglos XVIII-XIX*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 57-88.
- Garavaglia, J. C. 2007b. Del Corpus a los Toros: fiesta, ritual y sociedad en el Río de la Plata colonial. En *Construir el estado, inventar la nación. El Río de la Plata, siglos XVIII-XIX*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 21-55.
- Gómez, F. 2012. Festejando la Revolución. El papel de las primeras fiestas mayas en la construcción de una nueva legitimidad política. En Alabart, M., Pérez, M. y Fernández, M. A. (Comps.) *Buenos Aires una sociedad que se transforma: entre la colonia y la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Prometeo-UNGS, pp. 133-172.

- Guerra, Francois-X. et. al. 1998. *Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas: siglos XVIII-XIX*. México DF: FCE.
- Halperín Donghi, T. 1962. *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*. Buenos Aires: Eudeba.
- Halperín Donghi, T. 2009 (1972). *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Martínez Gramulía, P. 2011. Nuevos textos, nuevos (y viejos) lectores: la representación del público en los periódicos desde 1801 a 1810. En Baticuore, G. y S. Gayol (comps.), *Tres momentos de la cultura argentina: 1810-1910-2010*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 25-40.
- Munilla Lacasa, L. 2010. *Celebrar y gobernar: un estudio de las fiestas cívicas en Buenos Aires, 1810-1835*, Tesis doctoral. Buenos Aires: Universidad de San Andrés.
- Myers, J. 1999. Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860. En Devoto, Fernando y Marta Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina. País antiguo. De la colonia a 1870*. Buenos Aires: Taurus, pp. 111-145.
- Porro Girardi, N. R. 2008. La costumbre en la génesis del Real Estandarte de Buenos Aires (fines del siglo XVI a principios del siglo XIX). En Soberanes Fernández J. L. y Martínez de Codes R. M. (coord.) *Instituto de Investigaciones Jurídicas: Homenaje a Alberto de la Hera*. México D.F: UNAM, pp. 639-657. Consultado en: <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/6/2548/30.pdf>
- Zapico, H. R. 2006. Ni pequeños incidentes ni frivolidades. Los conflictos de protocolo como forma de representación del orden social. En Zapico, Hilda Raquel (coord.), *De prácticas, comportamientos y prácticas de representación social en Buenos Aires (s. XVII- XIX)*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur, Ediuns, pp. 169-198.

Notas

¹ Una versión preliminar de este artículo fue presentada en el V Congreso Internacional de Letras “Transformaciones culturales. Debates de la teoría, la crítica y la lingüística”, de la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, realizado del 27 de noviembre al 1 de diciembre del 2012.

² Como afirma Hilda Zapico, este tipo de análisis es relevante porque: “Nos da una idea de cómo esos actores tradicionales percibieron su identidad y elaboraron una representación de sí mismo, distribuyeron sus posiciones sociales y fijaron normas y valores creando modelos formadores. Estas representaciones simbólicas objetivaron las relaciones sociales y las funciones proporcionando continuación a la gradación jerárquica de la sociedad” (2006, 171).

³ Balandier recupera el valor de lo simbólico en la compleja construcción del poder y el lugar de la teatralización de la esfera pública; propone que el poder recurre siempre a símbolos, imágenes, ceremonias, ritos y demostraciones públicas para hacerse patente, consolidarse y lograr la aceptación de los subordinados. La teatralidad regula la vida cotidiana de los hombres viviendo en comunidad y a esta regulación la denomina *teatrocracia*: “El régimen permanente que se impone a la diversidad de los regímenes políticos revocables y sucesivos” (1994, 15).

⁴ Recordemos que las ideologías de la ilustración y el liberalismo-republicano habían ingresado en las colonias en el siglo XVIII (Chiaramonte 2007).

⁵ Recordemos lo que explica sobre este punto Juan Carlos Garavaglia:

Las complejas formas de la etiqueta y del ceremonial coloniales, que aparecen hoy ante nuestros ojos como fórmulas casi absurdas y vacías de todo contenido, constituyen para los contemporáneos, por el contrario, un ritual vivo y funcionan como auténticos signos, que expresan situaciones conflictivas y enfrentamientos. El ceremonial en esta sociedad es un medio para mantener el orden social; éste expresa ciertas relaciones sociales mediante un determinado comportamiento “ritualizado” (1996, 8).

⁶ Pierre Bourdieu señala al respecto:

El poder simbólico como poder de constituir lo dado por la enunciación, de hacer ver y de hacer creer, de confirmar o de transformar la visión del mundo, por lo tanto el mundo; poder casi mágico que permite obtener el equivalente de lo que es obtenido por la fuerza (física o económica), gracias al efecto específico de movilización, no se ejerce sino él es *reconocido*, es decir, desconocido como arbitrario. Esto significa que el poder simbólico no reside en los “sistemas simbólicos” bajo la firma de una “*illocutionary force*”, sino que se define en y por una relación determinada entre los que ejercen el poder y los que los sufren, es decir, en la estructura misma del campo donde se produce y se reproduce la *creencia*. Lo que hace el poder de las palabras y las palabras de orden, poder de mantener el orden o de subvertirlo, es la creencia en la legitimidad de las palabras y de quien las pronuncia, creencia cuya producción no es competencia de las palabras (2000-versión online).

⁷ Beruti fue, como afirma Gabriel Di Meglio, un “personaje promedio de la élite porteña” (2010, 177): era hijo de españoles de respetabilidad social y buena posición económica. Estudió en el Real Colegio de San Carlos y luego se dedicó a la función pública. Fue escribiente en la oficina de control de Artillería y luego sobrestante pagador tesorero de la misma armada; desarrolló funciones en Contaduría de la Aduana e integró el Tribunal de Cuentas: finalmente trabajó como contador de número en tiempos de Rosas.

⁸ Nos referimos a la afirmación de Hilda Zapico:

Valga como ejemplo el progresivo acortesamiento que se traduce en la sociedad porteña y que se manifiesta en unas formas de gobierno cada vez más ceremoniosas y protocolarizadas especialmente a partir del siglo XVII. La etiqueta, el ceremonial, la liturgia, el protocolo, la prelación buscaron reforzar el prestigio o distinción y el distanciamiento de las élites que reforzaban así su papel de élites simbólicas. Podemos hablar de ‘obsesión protocolar’ que se evidenciaba para concertar todas las acciones públicas de las autoridades de la ciudad, desde disponer un asiento en la Iglesia mayor hasta recibir a un gobernador, obispo o virrey (2006, 170).

⁹ En 1789 se reformó el Estandarte Real: antes tenía las armas reales sobre un fondo de terciopelo carmesí por un lado, y por el otro, la imagen de la Inmaculada Concepción; a partir de esta fecha se reemplaza ésta última por el

escudo de armas de la ciudad pintadas en un lienzo de tafetán, combinando así rey, religión y patria (Porro Girardi 2008, 654).

¹⁰ Recuérdese que el honor y el prestigio de los cortesanos es algo frágil y perecedero y depende siempre del poder del príncipe, el consenso de los iguales y la aceptación sumisa de los inferiores. Para un desarrollo completo de este aspecto, véase Elías, Norbert. "Etiqueta y ceremonial: conducta y mentalidad de hombres como funciones de las estructuras de poder de su sociedad". En *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 107-158.

¹¹ Hilda Zapico explica que el uso impropio de un objeto o el estar en el lugar equivocado se convertía en una acción notoria, transgresora del orden vigente: "La transgresión, de hecho era considerada 'escandalosa' porque en el imaginario de esos actores del Antiguo régimen, se alteraba en forma pública y notoria el orden del ser y del estar en la sociedad" (2006, 172).

¹² Garavaglia analiza un conflicto semejante por el ceremonial en una celebración anterior en su artículo "Del Corpus a los Toros: fiesta, ritual y sociedad en el Río de la Plata colonial"; allí señala la relevancia de estas disputas:

El cabildo expresa muy claramente la importancia política de las disposiciones de etiqueta al recordar '...la obligación estrecha que ay de cumplir religiosamente nuestra municipales Leyes, que tolerándose su infraccion se rendiran inutiles y quedaran todos con el libre arbitrio de hacer lo que quieran trastonándose así los que ponen a cada uno en el lugar que le toca' (2007b, 31).

¹³ Beruti refiere el episodio de la siguiente forma:

De resultas de haber puesto el virrey en la Casa de Comedias a un oidor con título de juez de la casa para que presidiera en las funciones dándole todo el mando y jurisdicción de ella, con desaire de los jueces ordinarios y Cabildo pues éste no representaba autoridad ninguna, sino iban como meros particulares y se encontraban sin jurisdicción o mando; ocurrió el Cabildo (después de haber tenido sus alteraciones con el virrey y pasado varios oficios de ambas partes) al Rey dando su queja, quien por real cédula venida en este mes de diciembre ordena al virrey dé toda la jurisdicción y autoridad al Cabildo y quite al oidor que puso, con más arreglo y haga ordenanzas dicho Cabildo para el buen gobierno de la casa, sin que nadie se lo impida; y reprendiendo al virrey y a la Audiencia por el poco respeto con que miran al Cabildo; y mandó se quitaran las cortinas del palco del Cabildo por no corresponderle (44).

¹⁴ Es conocida la mala fama que adquirió el virrey entre el pueblo, el cual le dedicó canciones y poemas burlescos, como la famosa copla que dice

Al primer cañonazo/ De los valientes/ Disparó Sobremonte/ Con sus parientes", o la "Glosas en octava" que circularon en pasquines anónimos: "Aquí las malas lenguas aseguran/ De que Vuelencia es una gran gallina/ Y no yerran a fe, los que murmuran/ En vista de la grande disciplina/ Militar, que sus hechos nos figuran,/ Conservó en la pasada tremolina/ Mas fue horror! Mas de su caravana/ Cómo se halla madama doña Juana?.

Véase Fernández Latour de Botas, Olga. *Cantares históricos de la tradición argentina*. Buenos Aires: Comisión Nacional Ejecutiva del 150° Aniversario de la Revolución de Mayo, Dirección Nacional de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia, Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas, Impr. Peuser, 1960.

¹⁵ En este sentido, debemos recordar que en este período no existía una división entre Iglesia y Estado; así lo explica Roberto Di Stefano: "La religión estaba de tal modo fundida en las demás dimensiones de la vida social que sería un error tratar de aislarla de ellas para concebirla como una esfera propia, tal como es dado hacerlo actualmente en sociedades que han transitado, por lo menos, dos siglos de proceso de secularización" (2004, 18). Asimismo, la Iglesia tuvo un rol central en la difusión de ciertas interpretaciones particulares sobre los acontecimientos desde el púlpito; un ejemplo claro de ello es la representación que se hizo de la Revolución de Mayo en los sermones patrios (Baltar 2011).

¹⁶ Para un estudio más abarcador sobre el papel de la moda y el gusto en la sociedad, consúltese Bourdieu, Pierre, *Sociología y Cultura*. México: Grijalbo, 1990.

¹⁷ Se conoce como “asonada de Álzaga”, ocurrida el 1 de enero de 1809, y consistió en un intento por parte de un grupo afín al Cabildo de Buenos Aires encabezado por uno de sus miembros, el alcalde Martín de Álzaga, de destituir a Santiago de Liniers. El malestar ya había provocado una ruptura definitiva entre el Cabildo y el virrey y ese día, en el que se elegían a los nuevos miembros, sus representantes exigieron la renuncia del virrey con el apoyo de algunos regimientos y la conformación de una junta de gobierno. A pesar de la inicial aceptación y mientras se preparaban los pliegos para realizar el acto de renuncia, Liniers logró salvarse gracias al apoyo de Cornelio Saavedra y el cuerpo de patricios que comandaba (Halperin Donghi 1972).

¹⁸ El badajo de la campana será devuelto recién el 13 de noviembre de 1810, como una muestra de reconocimiento por parte de la Primera Junta hacia el Cabildo (véase Beruti p. 151).

¹⁹ Beruti registra, por ejemplo, lo siguiente:

En atención a los muy relevantes servicios que tiene hechos a la monarquía esta gran capital, se ha dignado la excelentísima Junta en nombre del señor don Fernando VII el concederle a los miembros del excelentísimo Cabildo [...] que cubran sus bancas, o canapés de terlices de damasco en todas la partes donde tengan que asistir (151).

²⁰ Debe señalarse que Beruti reproduce casi textualmente el decreto publicado 8 de diciembre de 1810 en la *Gaceta de Buenos Aires* que decía:

En vano publicaría esta Junta principios Liberales [...] si permitiese la continuación de aquellos prestigios que por desgracia de la humanidad inventaron los tiranos para sofocar los sentimientos de la naturaleza [...]. Es verdad que [...] decretó al Presidente [...] los mismos honores que antes se habían dispensado a los virreyes; pero este fue un sacrificio transitorio de sus propios sentimientos [...]. La costumbre de ver a los virreyes rodeados de escoltas y condecoraciones habría hecho desmerecer el concepto de la nueva autoridad, si se presentaba desnuda de los mismos realces (*Gaceta de Buenos Aires* 1910, 711).

²¹ La relevancia de la *Gaceta de Buenos Aires* fue analizada cuidadosamente por Néstor Cremonte en *La Gaceta de Buenos Ayres de 1810. Luces y sombras de la ilustración revolucionaria* (2010). Asimismo, sobre los primeros periódicos en el Río de la Plata puede consultarse a Pablo Martínez Gramuglia, “Nuevos textos, nuevos (y viejos) lectores: la representación del público en los periódicos desde 1801 a 1810” (2012).

²² Los ecos del decreto nuevamente se pueden observar en el discurso de Beruti; el texto de la *Gaceta* decía:

Nada se ha mirado con más horror desde los primeros momentos de la instalación del actual gobierno, como el estado miserable y abatido de la desgraciada raza de los indios. Estos nuestros hermanos, que son ciertamente los hijos primogénitos de la América, eran los que más excluidos se lloraban de todos los bienes, y ventajas que tan liberalmente había franqueado a su suelo patrio la misma naturaleza: y hechos víctimas desgraciadas de la ambición, no solo han estado sepultados en la esclavitud más ignominiosa, sino que desde ella misma debían saciar con su sudor la codicia, y el lujo de sus opresores. [...] Penetrados de estos principios los individuos todos del gobierno, y deseosos de adoptar todas las medidas capaces de reintegrarlos en sus primitivos derechos, les declararon desde luego la igualdad que les correspondía con las demás clases del estado: se incorporaron sus cuerpos a los de los españoles americanos, que se hallaban levantados en esta capital para sostenerlos: se mandó que se hiciese lo mismo en todas las provincias reunidas al sistema, y que se les considerase tan capaces de optar todos los grados, ocupaciones, y puestos, que han hecho el patrimonio de los españoles, como cualquiera otro de sus habitantes: y que se promoviese por todos caminos su ilustración, su comercio, su libertad, para destruir y aniquilar en la mayor parte de ellos las tristes ideas, que únicamente les permitía formar la tiranía. [...] Faltaba sin embargo el último golpe a la pesada cadena que arrastraban en la extinción del tributo... (*Gaceta de Buenos Aires* 1910).

²³ La paulatina diferenciación identitaria manifestada en las denominaciones de “español europeo”, “español americano”, “porteño” debe ser remitida al indispensable estudio de José Carlos Chiaramonte, “Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”*, tercera serie, número 1, 1º semestre de 1989, pp. 71-92.

²⁴ Francois-Xavier Guerra explica que “en América las transformaciones más radicales se producen al ritmo mismo de la revolución: es en ese momento que los valores y los conceptos antiguos dejan de ser claros y objeto de un consenso general” (Guerra 1998, 11).

²⁵ Dice sobre él Garavaglia: “El gorro frigio es un símbolo que se halla presente en la imaginería de esos años en toda América hispánica y es probable que su influencia surja de la Francia revolucionaria” (2007a, 73). Sin embargo, F. Gómez señala que ese distintivo no volvió a verse en las siguientes fiestas mayas (2012, 168).

²⁶ Este acto simbólico no significó el fin de las prácticas de tortura; se ha analizado ya cómo a partir de 1812 (con el ajusticiamiento de Martín de Álzaga) Beruti adopta un nuevo interés en sus crónicas: las ejecuciones públicas. Este seguimiento de las modalidades punitivas se intensificará con la crisis del año 20 y luego en el período rosista, cuando el cronista construya detalladas descripciones de las ejecuciones públicas. Véase Forace, V. P. 2013. *Prácticas discursivas en el tránsito del antiguo régimen a la nueva república: Memorias curiosas de Juan Manuel Beruti (1777-1856)*. Tesis de Licenciatura. Buenos Aires: Universidad Nacional de Mar del Plata, pp. 44-67.